

ECOLOGIA PROFUNDA: TECNOLOGIA, EMPRESA E INDIGENISMO

El problema ecológico, es decir, la situación de degrado ambiental de nuestro planeta, representa una de las grandes preocupaciones del mundo contemporáneo. La alteración de los equilibrios que sustentan la vida constituye seguramente uno de los problemas más graves que deberá enfrentar la humanidad durante el próximo siglo. Y en los últimos años parece haberse tomado conciencia de ello: las conferencias sobre Ambiente y Desarrollo organizadas por las Naciones Unidas, la creación de ministerios e instancias de diverso tipo para la defensa del ambiente, el desarrollo de la legislación ecológica, el surgimiento de grupos políticos inspirados en la problemática ambiental, así como de numerosas organizaciones no gubernamentales, es un claro signo de ello. El mismo Santo Padre ha aludido en diversas ocasiones al problema ecológico calificándolo de “problema moral”.

Inserta en esta grave preocupación común ha comenzado también a tomar cuerpo la ideología ecológica (ecología profunda o *deep ecology*): un sistema de pensamiento de carácter radical que, a partir del problema ecológico, busca realizar una crítica de los fundamentos culturales del mundo occidental. El presente trabajo tiene como objetivo presentar expositivamente, con algunos relieves críticos, el horizonte de pensamiento en el que se mueve la ecología profunda, identificando sus puntos de referencia esenciales.

1. El perfil de la ecología profunda

El término “ecología profunda” fue acuñado en 1973 por Arne Naes, un filósofo noruego quien en un artículo hoy clásico¹, advertía que los esfuerzos ecológicos podían orientarse en dos direcciones diversas y aun contrastantes. Según Naes, la primera de ellas buscaba ofrecer soluciones rápidas a la contaminación y al agotamiento de recursos que amenazan al mundo; en este esfuerzo, sin embargo, más que resolver los problemas, contribuía a esconderlos. La segunda orientación constituía, siempre de acuerdo a Naes, no una política de soluciones fáciles sino una crítica de los fundamentos culturales que habían empujado a Occidente al abismo en que se encontraba. Se trataba, por tanto, de luchar por un cambio en las ideas que habían sostenido a nuestra civilización, a fin de reequilibrar la relación humana con el

¹ “The Shallow and the Deep, Long-Range Ecology Movements: A Summary”, *Inquiry* 16, Oslo, 1973, pp. 95-100.

medio ambiente.

La distinción de Naes sigue teniendo valor al hablar hoy de ecologismo. El ecologismo, de hecho, no es pensable como un bloque unitario y perfectamente homogéneo de pensamiento; por el contrario, en él se distinguen tendencias muy diversas. Existe un tipo de “ecologismo reformista” que tiende a mantenerse dentro del sistema, en ciertos límites al menos, para obtener los cambios ecológicos que considera necesarios: pedir intervenciones y leyes para limitar los daños del actual sistema industrial y militarista, y reconvertir gradualmente algunos de sus sectores. Por el contrario, la ecología profunda, quiere presentarse no como un movimiento pragmático que busque resolver los problemas dentro de límites “soportables”; pretende, más bien, ser un movimiento ideológico que apunte a las raíces del problema. Se trata, en otras palabras, de identificar y denunciar las ideas que han sostenido y propiciado la depredación de la naturaleza, empujando al mundo occidental por un camino de autodestrucción.

Efectivamente, para el ecologismo radical la tierra se avecina a un punto de colapso. El efecto Sierra, la destrucción de la capa de ozono y otras catástrofes ecológicas son testigos del desbordamiento antinatural de la iniciativa humana. Este desequilibrio en la relación del hombre con la naturaleza se debe a un doble movimiento. Por una parte, a una elevación desmedida del hombre por sobre la naturaleza; por otra, a un rebajamiento de la dignidad del mundo natural. Para el radicalismo ecológico aquí se encontraría el desequilibrio fundamental que habría sellado el destino de Occidente.

El mundo natural, en primer lugar, habría llegado a tal estado de degradación porque, según el ecologismo radical, habría sido concebido como un cuerpo inerte o el simple escenario en donde se desarrolla la creatividad técnica del hombre. La tierra habría dejado de ser contemplada con el respeto sacral de otros tiempos; habría perdido, ante los ojos de Occidente, su calidad de cuerpo vivo, la Sagrada Madre Tierra, que forma una sola unidad con todos los seres vivos y con los hombres que viven en ella. Al mismo tiempo, el hombre se habría autoelevado a una condición de dueño y señor del mundo material, con derecho a usar y abusar de ella.

Para la ecología profunda, armonizar al hombre con la naturaleza implicará redescubrir el carácter sagrado del mundo y aprender a respetar su armonía originaria (especialmente en el actuar tecnológico, que para la ecología profunda posee el carácter de una profanación). A partir de esta concepción sacral del mundo, la ecología radical propone un cambio de paradigma que incluye aspectos culturales, en el más amplio sentido de la palabra. Como puede ya advertirse, en esta perspectiva la

situación ambiental del mundo contemporáneo no es sólo un problema que sea preciso enfrentar sino la clave para criticar y repensar la metafísica, la antropología, la ética, el derecho y todas las ideas fundamentales de Occidente (su paradigma).

¿Cómo ha podido llegar Occidente a este desequilibrio fundamental en sus relaciones con el mundo material? Según los teóricos de la ecología radical es posible reconocer diversos factores, todos ellos emparentadas entre sí.

Para algunos la crisis ecológica que afronta el mundo tiene como raíz la herencia judeocristiana, que ha separado radical y artificialmente al mundo de su Creador, desacralizándolo y dejándolo así a merced de la destructiva iniciativa humana. De acuerdo a ello el mandato divino del Génesis: “Sed fecundos y multiplicaos; llenad la tierra; dominad sobre los peces del mar y las aves del cielo y todo ser viviente que camine sobre la tierra” (Gn. 1, 26-28), constituye el fundamento de la problemática ecológica. La última raíz de la agresión humana a la naturaleza sería justamente la “arrogancia cristiana”, que habría permitido el actual maltrato del planeta y el desarrollo de técnicas irrespetuosas del mundo natural. Según tal perspectiva sería necesario acabar con este antropocentrismo de carácter bíblico y teológico para dar paso a una nueva época de armonía entre el hombre y la naturaleza². La trascendencia del Dios cristiano, patriarcal y masculino, debería ser substituida por la inmanencia de la Gran Madre, la figura femenina de la divinidad.

Según otro de sus teóricos, Fritjof Capra³, la presunta realeza atribuida al hombre por sobre la naturaleza hunde sus raíces en la ciencia moderna y en la mentalidad que lleva implícita. La crisis ecológica se debería a que la ciencia, desde Descartes y Newton, ha propuesto una visión mecanicista del mundo, reduciendo la naturaleza a un conjunto de objetos externos al hombre compuesto de partículas fundamentales

² Para una visión más equilibrada (y también crítica) de las relaciones entre ecologismo y cristianismo véase “Ecologismo e cristianesimo. Convergenze e divergenze”, *La Civiltà Cattolica*, 3 febbraio 1990, pp. 214 ss. Es interesante también *La visione cristiana dell’ambiente. Testi del magistero pontificio di Giovanni Paolo II*, Giardini editori, Pisa, 1991. Las ideas ecologistas también han influenciado a algunos teólogos. Véase al respecto el libro *Reconciliación con la tierra. La nueva teología ecológica* de Thomas Berry, c.p., y Thomas Clarke, s.j., editorial Cuatro Vientos, Santiago, 1997. Significativo el esfuerzo de Clarke por unir la teología de la liberación, con su opción por los pobres, a la teología ecológica, con su opción por la comunidad de criaturas vivas oprimidas por la arrogancia humana (pp. 73 y ss).

³ *El punto crucial*, Integral, Barcelona, 1985. Según Capra, el libro de Jerry Mander que comentaremos es "radical y brillantemente argumentado" y "la sobrevivencia de la humanidad en gran medida va a depender de si prestamos atención a sus tesis o no".

(átomos). Esta división radical entre el sujeto y el objeto, entre el hombre y la naturaleza, habría convertido al mundo físico en simple escenario donde se desenvuelve la creatividad humana, la técnica, con su capacidad de manipular y desequilibrar la armonía originaria. Esta técnica de dominación tendría entre sus primeros ideólogos a Francis Bacon, quien en los albores de la modernidad ataca la concepción de la ciencia como contemplación de la realidad para afirmar rotundamente que la ciencia es poder (*scientia potestas est*), con la cual se construye el reino del hombre en la tierra. Es justamente esta mentalidad científico técnica la que ha dado alas a la dominación humana sobre el medio y al consiguiente deterioro de la naturaleza.

Para otros, finalmente, la raíz se encuentra en la estructura misma del capitalismo. Como John Locke había afirmado, la propiedad debe ser constantemente mejorada para hacerla más valiosa para el dueño y la sociedad. Esto impulsa el constante esfuerzo humano por manipular la naturaleza con el objeto de elevar su valor económico.

Pues bien según los teóricos del ecologismo, esta herencia antropocéntrica, derivada del cristianismo, de la ciencia moderna o del capitalismo (los tres, por otra parte, aparecen emparentados), debería ser derogada por un nuevo paradigma, es decir, por una nueva visión del mundo, un nuevo conjunto de valores, creencias, hábitos y normas que formen el marco de referencia de la sociedad. Se trata, por tanto, de proponer un cambio radical en nuestra forma de ver la naturaleza y al hombre dentro de ella.

La búsqueda de un nuevo paradigma tiende a revalorizar todo lo no occidental. La cultura, según esta perspectiva, necesitaría nuevas fuentes de inspiración según las cuales reordenar nuestra relación con la naturaleza, en primer lugar, las culturas indígenas con su mensaje de respeto a la tierra. Pero no faltan también orientaciones hacia la religión y la sabiduría oriental: el hinduismo, el taoísmo chino⁴, y el budismo en los que el ecologismo radical tiende muchas veces a reconocerse.

⁴ Para Lao Tse no hay ningún ordenamiento del mundo proveniente de la inventiva humana que pueda substituir al orden divino preexistente. El taoísmo ve en la empresa civilizadora, que le parece disociadora por su propia naturaleza, una grave alteración del orden. Pone así en duda la importancia atribuida a la creatividad humana y a su supuesta capacidad de organizar el mundo. Toda la cultura humana es superflua y en cierto modo dañina. Es seguramente un ideal que refleja la añoranza de una comunidad primitiva, del apacible mundo campesino neolítico. Véase el *Libro del Tao y de su virtud*, en la versión castellana de Gastón Soublette, Ed. Cuatro Vientos, Santiago, 3a edición, 1993. Particularmente interesante al respecto el prólogo de Cecilia Dockendorf y el aporte que atribuye al Tao en este momento de “transición paradigmática”.

Este nuevo paradigma no sólo se apoya en pueblos indígenas o en sabidurías orientales. También busca confirmaciones en el mundo de la ciencia moderna. F. Capra, profesor de física en Berkeley, en su obra *The Tao of physics*, busca justamente acercar temáticas de la filosofía oriental a la física. Según Capra el taoísmo permitiría deshacer la tajante línea divisoria entre sujeto y objeto impuesta por la ciencia occidental. Análogo es el caso de J. Lovelock, otro importante teórico del ecologismo radical, que desde el ámbito de la biología propone la tesis de una tierra concebida como un ser vivo, *The Gaia hypothesis*⁵.

El paradigma, cuyo advenimiento presienten estos autores, está destinado a derogar la visión antropocéntrica cristiano-técnico-capitalista. En él la tierra deberá ser considerada como un único organismo viviente, del cual todos los demás seres forman parte, incluido el hombre⁶.

2. Tecnología y empresa

Antes de enfrentar el lugar que ocupan las culturas indígenas en el horizonte de pensamiento de la ecología profunda, parece conveniente analizar dos temas muy ligados entre sí: la tecnología y la empresa. Ambos nos ofrecen una clave para entender los planteamientos del ecologismo radical en relación al tema de este artículo. Para ello nos guiaremos por un libro que podríamos considerar emblemático, *En ausencia de lo sagrado*⁷, de Jerry Mander.

El libro de Mander no pretende poseer un denso contenido filosófico. Es más bien un libro divulgativo, muy hábilmente escrito, y que cuenta con una amplísima documentación sobre los temas que trata. Fundamentalmente Mander pretende mostrar con este libro, en palabras de D. Thompkins, “la conspiración de fuerzas que constituye el *juggernaut* industrial que amenaza a toda la vida, incluyendo a la

⁵ Otro libro interesante al respecto es *Gaia. Implicaciones de la nueva biología*, Ed. Kairós, 3a edición, Barcelona 1994. El libro contiene exposiciones de J. Lovelock, y, entre otros, de dos biólogos importantes chilenos: F. Varela y H. Maturana.

⁶ No pocos han hecho notar el antihumanismo del pensamiento de la ecología profunda y la notable contradicción entre “cuestionar el derecho de los seres humanos a decidir sobre la vida del bosque nativo y defender el derecho de la mujer a decidir sobre su embarazo”. En el panorama de la ecología profunda el hombre no es sino una especie más exclusivamente caracterizada por su voracidad. Los fundamentos antropológicos de Occidente se disuelven y la persona, en su individualidad absoluta, desaparece para reducirse a individuo de una especie.

⁷ Jerry Mander, *En ausencia de lo Sagrado*, Editorial Cuatro Vientos, Santiago de Chile, 1994. En adelante *op cit.*

humanidad”⁸.

El libro, sin embargo, no es sólo una denuncia; constituye también una propuesta. Efectivamente, la mentalidad utópica, de la que este libro es notable exponente, suele mostrar dos caras. Por una parte, la de un radical pesimismo; por otra, la del más exacerbado optimismo. Ambas actitudes se evidencian al momento de hacer juicios globales acerca de una sociedad determinada, real o imaginada. La primera actitud lleva consigo un mecanismo de denuncia de unas estructuras a las que se considera esencialmente injustas. La segunda, impulsa a constituir un nuevo sistema de relaciones en el que todo funciona bien, o al menos debería hacerlo.

Estas dos caras se nos presentan con toda claridad en la misma estructura del libro. Las dos primeras partes constituyen la denuncia de un orden injusto: el que ha instituido en occidente la megatecnología. El resto del libro, dedicado a “la alternativa indígena” constituye una exaltación extraordinariamente optimista de formas de organización primitivas de las cuales el mundo occidental debería aprender.

Al mismo tiempo, y con esto Mander termina de insertarse de lleno en el ámbito utópico, el libro manifiesta una absoluta confianza en que son las estructuras las que han creado el desorden que actualmente vivimos y que su solo cambio sería capaz de crear un mundo nuevo. Justamente por ello hace hincapié en la mecánica social, relegando a segundo plano el cambio personal, la *metanoia*.

a. La demonización de la tecnología

En el perfil sumario que hemos trazado de la ecología profunda ya es posible advertir el papel fundamental que juega la crítica de la tecnología, en la cual, según sus teóricos, se concreta la arrogancia del hombre occidental y su desprecio por la naturaleza. En efecto, para la ecología profunda es la tecnología la que permite la transformación, la manipulación y la profanación constante del medio; es ella la que hace posible la depredación frenética de la naturaleza a la que, según el ecologismo, estamos asistiendo. Mander parte del ambiente “fanáticamente favorable a la tecnología” de los años 40 y 50, en los que esta se hizo una con el Sueño Americano. En aquella época parecía que cualquier cosa fuese posible con la tecnología. Convertida en el motor del crecimiento económico, la tecnología prometía una nueva calidad de vida: electrodomésticos, carreteras, confort, más altos índices de producción y consumo. Parecía, según Mander, que toda innovación tecnológica era

⁸ *Op. cit.*, p. xiii. En el mismo prólogo Thompkins afirma que "entre los cientos de miles de nuevos libros sobre todos los temas concebibles que pueblan las librerías, absolutamente ninguno merece más atención y obligación que éste" (p. xi, xii).

invariablemente buena y que “sería el medio principal de nuestra sociedad para la resolución de sus problemas y la producción de un mundo mejor”⁹. La propaganda había logrado convertir a la tecnología en la fuerza constructora del paraíso en la tierra

La verdad ha sido, según Mander, muy distinta. Un superficial vistazo a nuestro alrededor demuestra que tal paraíso¹⁰ no existe y, lo que es mucho peor, la misma tecnología ha sumergido a la humanidad en un abismo que todavía no toca fondo. Según Mander, la tecnología ha prometido la libertad, el confort físico, la liberación de las obligaciones pesadas, la democracia, la salud, la cultura y el esparcimiento, y sin embargo, ninguna de sus promesas se ha cumplido. Más aún, no sólo no ha brindado las soluciones que había prometido sino que ha comprometido seriamente la satisfacción humana, la felicidad, la seguridad y la capacidad de mantener la vida en el planeta. Para Mander la tecnología ha favorecido la radical concentración del poder y la desigual distribución de la riqueza. Social, política y ambientalmente la tecnología ha creado un mundo desquiciado.

Justamente a la luz de esta tesis Mander ofrece una crítica radical de al menos cuatro expresiones de la tecnología moderna y su negativa incidencia en la vida y el ambiente: la televisión, las computadoras, la investigación espacial y la ingeniería genética¹¹. El análisis de Mander es catastrofista. Avalado en multitud de ejemplos y testimonios, en ocasiones francamente exagerados, afirma que tales tecnologías han traído como consecuencias, entre otras, desde la pérdida de libertad personal, la democracia y la diversidad cultural, hasta la concentración de poder, el desarrollo desmesurado del aparato militar, las alteraciones del equilibrio ecológico, y la última posibilidad de la destrucción total de la humanidad.

Según Mander, sin embargo, es tal vez el desequilibrio ecológico lo que más nos manifiesta el verdadero rostro, eminentemente destructivo, de la tecnología. En el panorama desolador que nos pinta Mander del problema ecológico hay una idea que destaca con total claridad. Mander rechaza tajantemente que ello dependa del uso que se hace de la tecnología. Por el contrario, depende de la tecnología en sí misma. El tópico de que el problema no reside en la tecnología sino en cómo la utilizamos y en quiénes la controlan es, según Mander, una idea simple y absurda. La tecnología no es negativa por la falta de conciencia ética de quienes la dirigen y orientan. Más bien la tecnología es un mal en sí misma porque lleva dentro de sí un “prejuicio obvio,

⁹ *Op. cit.*, p. 27.

¹⁰ Véanse las estadísticas de Mander al respecto de las enfermedades sociales de los Estados Unidos. *Op. cit.*, pp. 32-33.

¹¹ *Op. cit.*, pp. 63-146 y 169-218.

creciente e inherente en contra de la naturaleza”. Desde su nacimiento la tecnología sólo puede resultar útil o beneficiosa para ciertos sectores de la sociedad y esto, según Mander, lo saben todos los que se hacen responsables de ellas: sus descubridores, el estado y las corporaciones que las comercializan y se lucran de ellas. La tecnología no es neutral. En sí misma posee ya una orientación definida de antemano, de carácter social y ambiental, que implica la centralización del poder y la destrucción de la naturaleza.

De frente a este juicio eminentemente negativo de la tecnología, ¿qué propone Mander? El mismo Mander ofrece "una pequeña lista de recordatorios que he colocado en la pared delante de mi propio escritorio". Constituyen diez actitudes recomendadas de frente a la tecnología en las que se subraya el escepticismo de frente a toda tecnología que es vista como un enemigo del cual es preciso desconfiar a priori. “Asume que toda tecnología es culpable hasta que se demuestre su inocencia”, “rechaza la idea de que la tecnología es neutra o libre de valores”, “no aceptes la homilía de que una vez salido el genio de la botella no puedes devolverlo o que rechazar la tecnología es un imposible”¹².

La postura de Mander va, sin embargo, más allá, y es posible apreciarla en todo su alcance a partir de sus consideraciones sobre un anterior libro escrito por él, *Cuatro Buenas Razones para eliminar la Televisión*¹³. En él, como también en el libro que analizamos, Mander afirma sin ambages que el mundo estaría mucho mejor sin televisión. Refiriéndose a este libro Mander afirma: “De lo único que me arrepiento en cuanto al título es que pudiera fomentar que algunas personas creyesen que es posible separar la televisión del resto del sistema tecnológico, como un tipo de unidad modular. La televisión no puede eliminarse dejando en pie todo lo demás. Puesto en términos computacionales, las nuevas tecnologías son 'compatibles' entre sí y se combinan para crear el monolito de la sociedad tecnológica. (...) Hablar de eliminar la televisión sin mencionar las otras piezas del puzzle (computadores, satélites, genética y empresas, entre otras) es dejar el cuadro incompleto”¹⁴.

* * *

No es este el momento de detenernos en una crítica profunda y constructiva de la

¹² *Op. cit.*, pp. 59-60.

¹³ Jerry Mander, *Cuatro Buenas razones para eliminar la televisión*, Gedisa, Barcelona 1981, 460

pp.¹⁴ *Op. cit.*, p. 51.

visión de la tecnología que hemos presentado¹⁵. Las disponibilidades de tiempo nos obligan a limitarnos a algunas consideraciones muy sencillas.

De frente a la propuesta ecologista que propone Mander, la primera observación obligada hace relación a su inviabilidad. Y, sin duda, ello es absolutamente verdad. No se puede renegar del propio pasado, o intentar borrarlo como si jamás hubiese existido, incluso cuando este aparezca cargado de contradicciones y de errores. Sólo una ilusión intelectualística puede permitirnos dar un salto fuera del tiempo y de las condiciones históricas en las que estamos inmersos. Por otra parte, es imposible que este pasado no contenga también elementos positivos que deban ser conservados, y posiblemente repensados y renovados. Se trata, por tanto, y esta es la gran tarea de la que el ecologismo se exime, de elaborar una cultura de respeto a la naturaleza, en la que, sin renunciar a la tecnología, se recupere la importancia de las orientaciones éticas para su desarrollo.

Pero obviamente existen muchos problemas anteriores a este que podríamos hacer objeto de examen crítico. En particular, la arbitrariedad de los juicios que se emiten sobre la tecnología. En ellos parece manifestarse una auténtica incapacidad para ver los aspectos positivos que la tecnología entraña y las posibilidades objetivas que contiene. En efecto, la tecnología no es sólo un “monstruo” como entiende Mander, también es capaz de perfeccionarnos y de poner a nuestra disposición nuevas posibilidades. El hombre no sólo se empobrece; también se enriquece con el uso de una nueva tecnología. No hay un sólo campo de la vida humana, y también del cuidado del planeta, en donde la tecnología no haya aportado o, al menos esté en grado de aportar, mejoras significativas: la salud, la educación, la alimentación, la cultura, el desarrollo. Pero todo esto no significa nada a los ojos del ecologismo. Podríamos decir que si el ecologismo tiene el mérito de demitificar a la tecnología como supuesta constructora del paraíso, tiene a su vez el demérito de proponerla como constructora del infierno.

Y no sólo es incapaz de ver las posibilidades que la tecnología contiene. También es incapaz de advertir los graves problemas que crea su ausencia. En efecto no sólo la tecnología es causa de contaminación y destrucción del medio; también la falta de

¹⁵ Al respecto pueden verse las consideraciones que realiza Evandro Agazzi, en *La ciencia, el bien y el mal*, Tecnos, Madrid, 1992. En el cap IX de este libro Agazzi afronta el tema de la racionalidad técnica de frente a la racionalidad práctica, y el XII, la responsabilidad de la ciencia (y de la técnica) en un planteamiento sistémico. Ambos aportan ideas importantes que permiten asumir los aspectos válidos de la crítica del ecologismo a la tecnología, sin sucumbir a su extremismo (determinismo y reduccionismo).

adecuada tecnología o el insuficiente desarrollo tecnológico conlleva desastrosas consecuencias ecológicas (las carencias tecnológicas inevitablemente se traducen en contaminación del ambiente) y en muchos casos es una de las causas que explican el subdesarrollo, los desequilibrios sociales e incluso la concentración del poder. La tecnología, de hecho, es un mundo complejo que no es susceptible de recibir un juicio en bloque.

El pensamiento ecologista se nos manifiesta así incapaz de conjugar la tecnología, sus posibilidades y riesgos, con otros factores importantes y decisivos para la humanidad como la pobreza, el hambre, el subdesarrollo, el acceso a la educación o la cultura, la participación política etc. Efectivamente, conjugar el desarrollo tecnológico con el cuidado y el respeto de la naturaleza, de forma que ese desarrollo sea sustentable, constituye uno de los grandes desafíos del próximo siglo. Para este desafío la ecología profunda aporta pocas ideas ya que no parece tener interés en discernir criterios antropológicos y éticos que guíen el desarrollo tecnológico y que se traduzcan en legislaciones adecuadas y en una cultura del respeto a la naturaleza. Para el ecologismo radical se trata más bien de exorcizar al mundo del demonio de la tecnología.

b. Estructura económica y antiecológico occidental.

Sin embargo, el análisis que Mander nos ofrece de la tecnología no estaría completo sin su visión de la realidad económica del mundo contemporáneo. Por realidad económica se entienden las estructuras en las que se organiza la sociedad, de las que los hombres no son más que simples engranajes. Estos pueden ingenuamente creer que controlan la situación. Pero según Mander la verdad es otra; son las estructuras las que controlan a los hombres, les imponen su propia lógica y terminan por deshumanizar a los que trabajan dentro de ellas.

El análisis que el libro realiza sobre las corporaciones, una modalidad organizativa predominante en nuestra sociedad, es representativo¹⁶. Según Mander, la sociedad no es consciente muchas veces de la influencia que las corporaciones tienen en la sociedad y en sus problemas, a pesar de que constituyen la principal influencia en la política, en la educación, en la publicidad y en las costumbres de consumo de nuestra propia vida diaria. En general, tal influencia se advierte únicamente cuando cuando hay despidos masivos, grave contaminación del ambiente, talas indiscriminadas de árboles, proyectos de cierta peligrosidad ecológica... Al enfrentarse a tales noticias la opinión pública piensa que son debidas a la ambición de las personas que trabajan

¹⁶ *Op. cit.*, pp. 147 - 168.

dentro de las estructuras corporativas. Sin embargo, tales problemas, al menos en el pensamiento de Mander, dependen de las estructuras, no de las personas. “Son problemas inherentes a las formas y reglas según las cuales esas entidades deben operar”¹⁷.

De acuerdo a esta visión, las corporaciones son máquinas; tienen una forma propia de ser, actuar y reaccionar, y usan a sus miembros como simples piezas de un gran mecanismo ya programado de antemano. La lógica de las corporaciones públicas es que su interés está por encima de cualquier interés comunitario, por sobre los cuales siempre deben prevalecer. De este modo, según Mander, las acciones de la gerencia de una empresa deben estar orientadas, en primer lugar, por los intereses económicos de los accionistas. De modo que los gerentes están obligados a pasar por alto los intereses comunitarios cuando estos merman las utilidades y entran en conflicto con los intereses de la empresa.

La regla fundamental de la operación corporativa es que debe producir ingreso y generar utilidades. Debe expandirse y crecer ya que el crecimiento es la norma según la cual la bolsa de valores evalúa a una empresa. Todo lo demás es secundario y no entra en el horizonte economicista en que ella se mueve. Según Mander, la lógica de la corporación consigue anular el factor humano y la ética de los hombres que trabajan en ella. Si estos hombres se dejan llevar por sus buenas intenciones para con la comunidad o la naturaleza dejan de ser buenos funcionarios y, tarde o temprano, la corporación tendrá que reemplazarlos por otros.

Para Mander, este afán de crecimiento es el motor de la acción corporativa, el alma de su anticomunitarismo, y principalmente de su antiecologismo. Carentes de toda moralidad en su expansión, las corporaciones lo miden todo en términos de costo o beneficio, incluso los elementos de la producción que son factores de riesgo para la población. Y los mismos gerentes son piezas que deben amoldarse a esta lógica.

Por estas razones, el espíritu de la corporación se orienta de modo natural, según Mander, a la alteración y transformación de la naturaleza. Para las corporaciones que fabrican bienes de consumo la utilidad proviene de la transformación de las materias primas en formas comercializables y, en ese sentido, tienen un compromiso intrínseco con la destrucción de la naturaleza. Los metales de la tierra se convierten en automóviles; los árboles en planchas de madera y luego en casas, muebles y papel; el petróleo se transforma en energía. En cada actividad corporativa un pedazo de la naturaleza es procesado en una nueva forma. La tecnología es tan destructiva justamente porque se desarrolla al alero de la empresa. Una vez que se han usado

¹⁷ *Op. cit.*, p. 148.

todos los recursos naturales en una región del mundo la corporación se muda a otra.

Al mismo tiempo, continúa Mander, las corporaciones deben promover el consumo para mantener la producción. Para ello será necesario convencer a la gente de que los bienes que se producen traen consigo la satisfacción. La sobredimensión de la producción, requeridas por las necesidades de crecimiento, implica la sobredimensión del consumo, con el efecto final de la depredación de la naturaleza. Por eso mismo toda plenitud basada en la satisfacción interior del hombre, en el bienestar derivado del contacto con la naturaleza o de las relaciones humanas, es subversiva para las metas corporativas.

* * *

La empresa privada, el interés de los particulares queda de este modo estigmatizado como el factor antiecológico fundamental que no puede ser conjugado de ningún modo con los intereses de la comunidad y con la defensa del medio ambiente. Como vemos, la misma parcialidad del análisis ecologista de la tecnología lo encontramos aquí renovado en el análisis de la estructura económica y al respecto del cual sería posible rehacer los mismos comentarios del apartado anterior. Todo el dinamismo que aporta a la vida económica la libre iniciativa de los particulares queda oscurecida en el análisis Mander que ve en ella la contradicción más pura con los intereses comunitarios y ecológicos.

El análisis de Mander aparece profundamente distorsionado por la negación del factor humano que lleva consigo. Efectivamente, Mander reduce al hombre a un simple engranaje de una gran maquinaria que trabaja con sus propias leyes y con un único horizonte: la ganancia económica. En este horizonte reduccionista y profundamente determinista no existen ni pueden existir consideraciones éticas que guíen a la empresa, no caben leyes que regulen el desarrollo tecnológico. El hombre ha pasado a ser siervo de un sistema del cual ya no tiene las riendas. La realidad, sin embargo, nos manifiesta justamente lo contrario: el arduo debate que ha seguido a los problemas ecológicos (en ocasiones suscitado por los mismos grupos ecologistas) es claro signo de que es el hombre el que, aún con dificultad, guía los procesos productivos y quien puede darle una orientación “propiamente humana” a su desarrollo.

No está de más una alusión, al menos, a las raíces ideológicas que van aflorando en esta presentación. No pocos han hecho notar la notable continuidad que existe entre marxismo y esta versión del ecologismo radical. Así como el marxismo fue la ideología crítica del primer capitalismo, pretendiendo revelar los mecanismos de

explotación del hombre y proponiendo su superación; del mismo modo, el ecologismo se presenta como la ideología crítica del capitalismo ya maduro, en cuanto pretende señalar el abuso que el hombre realiza sobre el medio ambiente y a la vez indicar el camino para superar esta nueva situación de desequilibrio. El marxismo restringía la lucha de clases a la burguesía y el proletariado; el ecologismo, en cambio, alarga el mismo concepto al abuso de los recursos naturales que aseguran la vida de todos los hombres, a quienes se priva no del fruto de su trabajo sino de la base misma de la vida¹⁸. En ese sentido es una continuación y a la vez una superación del marxismo. **¡Error! Marcador no definido.**

Por su anticapitalismo y su antiindustrialismo el ecologismo puede ser considerado una forma modernizada del antiguo marxismo. Esto, sin duda, puede ya explicar las simpatías que el ecologismo suele encontrar en ámbitos de izquierda marxista o postmarxista y explica también por qué tantos rojos tiendan a teñirse de verde. Con esto no se pretende afirmar que el ecologismo sea exclusivamente un marxismo puesto al día. El movimiento ecologista tiende a ponerse en el debate sobre el desarrollo más allá tanto del capitalismo como del marxismo. Más aún la tendencia general del pensamiento ecologista insiste sobre la descentralización de las decisiones y la participación política. Una de las grandes críticas del ecologismo a la sociedad occidental es la concentración excesiva del poder y la consiguiente pérdida de las facultades democráticas. Tales ideas ciertamente no provienen de ninguna herencia marxista.

3. El lugar del indigenismo en la ecología profunda

Si este es el perfil de la ecología profunda, con todos sus reduccionismos, la pregunta que se pone a continuación es ¿qué lugar ocupan las culturas indígenas en este panorama?

En el horizonte dualista que nos ha pintado Mander, las fuerzas del mal aparecen encarnadas por la empresa privada y la tecnología. De frente a este orden injusto, la víctima (además de la misma naturaleza) aparece constituida por los pueblos indígenas que aun sobreviven esparcidos por el mundo. En efecto, la segunda parte del

¹⁸ Significativas a este respecto son las palabras del prof. G. Nebbia: “La contestación ecológica indica un nuevo rostro de la lucha de clases entre opresores y oprimidos, en la cual la violencia de los opresores consiste hoy en el abuso de otros seres humanos a través de la destrucción de la naturaleza, base física de la vida”. “Contro il consumismo”, en J. Jacobelli *ed.*, *Il pensiero verde tra utopia e realismo*, Laterza, Roma - Bari, 1989, p. 141.

libro está dedicada a tratar sobre los millones de indígenas que en distintas partes “viven una existencia marginal y son permanentemente sitiados, cultural, económica o militarmente”¹⁹.

Todo un capítulo del libro está dedicada a pintar con colores dramáticos lo que Mander llama la “Guerra Mundial contra los Indios” protagonizado por las fuerzas del desarrollo económico (la empresa y la maquinaria tecnológica) contra los pueblos nativos que obstaculizan su lógica del desarrollo. Esta guerra asume formas violentas o legales, pero es siempre una guerra luchada para el estandarte falaz, según Mander, del desarrollo económico. El libro reseña los distintos escenarios de la lucha indígena por librarse de la dominación de las naciones en las que se encuentra sumergida: Estados Unidos, la Cuenca del Pacífico, Asia, Europa, Africa, América Latina.

Sobre Chile la visión de Mander se especifica brevemente. La gran desilusión de los indígenas fue que a pesar de haber confiado en una solución a sus problemas después de la elección de Salvador Allende, “sólo encontraron prejuicios marxistas que insistían en una interpretación clasista de la lucha indígena”²⁰. Efectivamente, para Mander la clave interpretativa no era la la lucha de clases de signo marxista sino la lucha ecológica, la defensa de la Madre Tierra, según las ideas de la ecología radical. “Ahora, sin embargo, los indios están nuevamente optimistas y piensan que lograrán obtener negociaciones significativas para el status de soberanía que han buscado durante siglos”.

Esta lucha contra los indígenas no tiene sólo, según Mander, una motivación económica. La lucha es fundamentalmente cultural. Ellos representan una visión alternativa de la naturaleza, enraizada en sus vínculos con la tierra. La misma lucha de los indígenas no es sólo contra los intereses económicos de los que son víctimas sino, sobre todo, en contra de una actitud hacia la tierra que consideran viciada. Es justamente esta precisa diferencia lo que, según Mander, hace inevitable la arremetida contra el mundo indígena, ya que éste pone inevitablemente en jaque los valores del mundo occidental.

Recordando la lógica de la mentalidad utópica de la que ya hemos hablado, no es extraño entonces que Mander continúe toda esta exposición de denuncia exaltando el valor de los pueblos indígenas y de su cultura. Los indígenas no son sólo las víctimas inocentes del sistema; constituyen también una fuente de inspiración utópica para la ecología profunda.

¹⁹ *Op. cit.*, p.7

²⁰ *Op. cit.*, p.456

Más allá de las injusticias que el mundo occidental ha cometido con ellos, los indios, según Mander, constituyen un precioso testimonio que nos recuerda ciertas verdades fundamentales, la más importantes de las cuales es la reverencia por la tierra.

Los indios, según Mander, son una cultura capaz de comunicarse con los árboles y los minerales, y de proteger a los animales. Una cultura difícil de comprender. “Un reportero tendría que pasar mucho tiempo con los indígenas para entender por qué cavar hoyos en la tierra para extraer minerales es un sacrilegio, o por qué el desvío de un riachuelo puede destruir una cultura...”²¹. “He visto a personas blancas reírse cuando jóvenes activistas indígenas se paran en las reuniones para denunciar alguna obra minera como 'una profanación de nuestra madre la tierra', sin comprender que abrir una mina en la tierra es para un indio equivalente a destrozarse la basílica de san Pedro para vender el mármol”²².

Para Mander son los indígenas los que nos permiten recuperar un mundo en el que la tierra no es considerado simplemente como un ser inerte sino como un ser vivo. “Su piel era el suelo, su alma residía en las rocas y en los huesos de los muertos, y sus órganos eran los ríos (torrente sanguíneo) y los vientos (pulmones)”²³. El planeta es un ser vivo, la Gran Madre Tierra. Y esto no es sólo una metáfora.

Pero eso no es todo. Mander se esfuerza en deshacer lo que llama “prejuicios contra el neolítico”. Muchas naciones indígenas, especialmente las de América, nos dan un ejemplo de democracia. Ellas constituyen pequeñas sociedades no imperialistas, no jerárquicas, matriarcales y profundamente democráticas, en las que se requieren el consenso unánime para la acción. La propiedad es además común y por ello reina en ellas la solidaridad. Así como en política, también en economía la edad de piedra podría dar lecciones a Occidente²⁴. Según Mander no vivían en economías de subsistencia; por el contrario, vivían mucho mejor, trabajaban pocas horas al día y tenían abundantes tiempos de ocio dedicados a la conversación, al sueño, al baile... El hambre sería una creación de nuestro mundo.

¿Todo esto significa que Jerry Mander propone volver a vivir como los indios? Obviamente no, se responde él mismo. Abandonar el automóvil, la computadora, la cultura del consumismo no trae consigo eso. Pero sí entre las “necesidades básicas para la supervivencia en un planeta sano” se requiere abandonar los valores que hagan

²¹ *Op.cit.*, p. 247.

²² *Op.cit.*, p.259.

²³ *Op.cit.*, p.257.

²⁴ Véase *Op. cit.*, los capítulos titulados, “El regalo de la democracia” y “Lecciones en economía de la edad de piedra”, pp. 273 ss., y 299 ss.

hincapié en la acumulación de productos de consumo, abandonar la economía de mercado y la motivación de las ganancias, eliminar todas las tecnologías que se encuentren incompatibles con la sustentabilidad y la diversidad en el planeta (las nombradas en este libro son sólo el comienzo de la lista), y volver a reflexionar sobre nuestra relación con la naturaleza y con los pueblos nativos²⁵.

* * *

El ecologismo, como toda ideología, ataca ideas de signo radical pretendiendo sustituirlas por otras ideas tan radicales como las anteriores pero de signo contrario. Es el caso de la tecnología y también el de las culturas indígenas. Si bien la ecología profunda tiene el mérito de negar esa sensación difusa (de signo darwiniano) según la cual el indígena es menos, en el sentido más amplio y profundo del término, que el hombre “civilizado”, al mismo tiempo tiene el demérito de exaltar sus formas culturales al punto que resulta imposible pasar por alto la distorsión que opera.

El análisis que nos propone Mander podría ser objeto de muchos comentarios. Conviene destacar, sin embargo, que a la luz de lo que hemos dicho es claro que para el ecologismo, en lo que se refiere al mundo indígena, no se trata simplemente de conservar una valiosa diversidad cultural ni tampoco de enriquecer nuestra cultura y forma de vida con su sabiduría tradicional, rescatando de ella valores que puedan haberse oscurecido en Occidente. Es más que eso. Las culturas indígenas representan el mundo como debería ser; constituyen el modelo de su utopía natural. Se trata, por tanto, de renovar al mundo con lo que podríamos llamar el “paradigma indígena”. En esta visión altamente idealizada (y en ocasiones simplemente poco creíble) de la cultura indígena se omiten aspectos obvios: la pobreza, frecuentemente dramática, en la que viven sus comunidades (con el consiguiente deterioro de los recursos naturales que ello implica), las enfermedades sociales que afrontan (el alcoholismo, la delincuencia) el bajo nivel de educación que poseen y sus propias limitaciones culturales (el sexismo, por ejemplo).

Los pueblos indígenas, como toda cultura, necesitan interactuar y confrontarse con otros pueblos y culturas. No sólo en el sentido obvio de que requieren de tecnología y empresa para elevar sus condiciones de vida con el fin de aspirar al menos a poder proyectar su cultura en el tiempo (el degrado económico no ofrece buenas perspectivas para la pervivencia de ninguna cultura). Sino sobre todo para enriquecerse culturalmente con otras formas y valores que su cultura podría

²⁵ *Op. cit.*, pp. 468-469.

fructuosamente incorporar. Una consideración de este tipo, absolutamente ajena a la mentalidad ecologista, se sustenta en la simple afirmación de que toda cultura es limitada, y ninguna de ella encarna una perfección a la que todas las demás deban aspirar.

Por el contrario, podríamos decir que el ecologismo proyecta en los indígenas sus propios objetivos y su propio rechazo del mundo occidental. Efectivamente, Mander afirma que los indígenas no quieren participar de los frutos de nuestra sociedad (por eso habría que hablar de un cuarto mundo). No son simplemente indigentes que buscan elevar su nivel de vida. “No quieren participar del experimento tecnológico, no desean participar en la modalidad industrial de la producción... Desean quedarse fuera del proceso. Si vamos a precipitarnos al abismo, no nos quieren acompañar”²⁶. La verdad, sin embargo, es que no son insensibles a los problemas de la pobreza y tienen todo el legítimo derecho de aspirar a mejorar. No es una traición cultural el pretender interactuar con la sociedad occidental elevando de este modo sus condiciones de vida.

Los indígenas son presentados en este libro como expresión del rechazo ecológico del mundo occidental. En este sentido ellos representan el principal instrumento de lucha del ecologismo en contra del sistema. En el ecologismo los pueblos indígenas representan algo del todo análogo al proletariado en la lucha del marxismo; en ambos casos se trata del motor de la revolución que se pretende llevar adelante y justamente por eso, también en ambos casos, se busca agudizar los conflictos más que resolverlos.

²⁶ *Op. cit.*, p. 268